



Las bibliotecas como paraíso

Grandes escritores y filósofos han encontrado su fuente de inspiración en las bibliotecas, donde trabajaron durante un periodo de su vida y gestaron su obra. Fue el genial Borges quien las identificó como un paraíso de libros apilados donde se encerraban todos los conocimientos y los secretos de la existencia.

Por [Antonio Lucas](#)

EM2 / CULTURA

Fue Borges quien un día imaginó el paraíso en forma de biblioteca. Y antes o después, eso no está cifrado, arrancó el *Poema de los dones* con estos versos votivos: «Nadie rebaje a lágrima o reproche/ esta declaración de la maestría/ de Dios, que con magnífica ironía/ me dio a la vez los libros y la noche./ De esta ciudad de libros hizo dueños/ a unos ojos sin luz...». Después vino Ray Bradbury y advirtió: «No puedes aprender a escribir en una universidad. Es un lugar muy malo para los escritores porque los docentes siempre piensan que saben más que uno, y no es cierto. Ellos tienen muchos prejuicios. Digamos: a ellos les gusta Henry James, pero ¿qué pasa si no quieres escribir como Henry James? (...) La biblioteca, por otro lado, no tiene límites. La información está ahí para que la interpretes. No hay nadie que te diga qué pensar, que te diga si eres bueno o no. Lo descubres por ti mismo». Y es que sin bibliotecas no tendríamos ni pasado ni futuro.

Los libros son la vida sin tiempo, pero ayudan a enclavarse a la vida con una precisión extraordinaria. Los libros son la extremidad del escritor, su brazo largo, su proyecto inacabado, su entusiasmo inabarcable. Los libros de los otros, exactamente. Construir una biblioteca (física o mental) es levantar un territorio propio. Fingir una plaza llena de gente. Comprender mejor lo inabarcable. Añadir complejidad a lo elemental. No aceptar lo irremediable. Las bibliotecas son (y fueron) no sólo el cobijo contra la tormenta de algunos escritores esenciales, sino el apoyo de una parte de sus vidas. Su trabajo. Su almuerzo. Su salario. Su patrimonio. Ese es el rastro que persigue y pone en claro *El escritor en su paraíso* (Periférica), un intenso trabajo del profesor Ángel Esteban en el que recorre la biografía de 30 grandes autores

en aquellos días en que fueron bibliotecarios.

No es exactamente un capricho de extravagante, sino un excelente cabotaje por una pasión que trasciende el ejercicio de la escritura en favor de una espeleología mayor: vivir entre libros, vivir por los libros, vivir en los libros. Mario Vargas Llosa abre fuego en un prólogo que es la hoja de ruta de una pasión febril, la que el premio Nobel mantiene desde niño por la lectura. «Siempre he dicho que lo más importante que me ha pasado en la vida ha sido aprender a leer, y creo que no hay ni una pizca de exageración en esa frase. Recuerdo cómo a los cinco años mi mundo de pronto se enriqueció de una manera extraordinaria y cómo gracias a la lectura empecé a vivir, no sólo a leer, experiencias extraordinarias, viajes en el espacio, viajes en el tiempo: unos destinos que estaban fuera del alcance de la experiencia real, pero que la literatura volvía reales por el hechizo que me producía la lectura».

El autor de *La casa verde* fue también bibliotecario. Asistente en el Club Nacional de Perú, donde descubrió una colección de libros franceses sobre erotismo y otras piezas *gourmet*. Allí se abasteció de historias, consciente de que el mundo hay que descifrarlo y existe una brújula infalible: el libro. «Vargas Llosa se sentía allí como el

escritor en su paraíso. Además, su trabajo no era demasiado absorbente. (...) Por eso aprovechaba el tiempo en la biblioteca para hacer lo que más le gustaba: leer y escribir».

Pero una biblioteca no sólo es una construcción íntima (siempre hay uno o varios individuos detrás dándole sentido y forma). Es también un signo de poder, un aval de distinción. Benito Arias Montano (1527-1598) organizó para Felipe II los fastuosos fondos de El Escorial durante 10 años de viajes y huroneo en bibliotecas privadas y conventuales de media Europa peleándose con vendedores, pícaros del oficio, monjes y funcionarios para arrancar libros por poco dinero. Y gozó, como privilegio extremo, de una licencia especial, concedida por el Gran Inquisidor, que le permitía eximirse de todas las normas oficiales del *Index* de libros prohibidos. Aquel monarca imperial lo tenía claro: «Para Feli-

pe II, una de las mayores riquezas de la humanidad estriba en el conocimiento que nos llega a través de los libros. Ojalá todos los gobernantes de todos los tiempos lo hubieran tenido tan claro. Arias Montano tuvo carta blanca para comprar lo que quisiera, por muy cara que fuese la maravilla bibliográfica con la que se encontrara», sostiene Ángel Esteban.

Existe una épica del bibliotecario. Más allá de lo estepario del oficio, incluso de la propensión a cierta misantropía que da el habitar ese perímetro perfecto que puede ser la soledad acolchada de volúmenes bien encuadernados, hay bibliotecas diseñadas desde la batalla y la fatiga. Goethe es un claro ejemplo. Él articuló la biblioteca de la duquesa Ana Amalia de Weimar, que ardió el 2 de septiembre de 2004 a las 20.28 horas de la tarde. Varios siglos antes, en 1691, comenzó a tomar cuerpo este extraordinario fondo de libros que tuvo al autor de *Las desventuras del joven Werther* como gestor e inspector general. «Desde los primeros días de su actividad, y apoyado siempre en la fiel labor de su cuñado Vulpius, su pensamiento estaba puesto en la forma de conseguir nuevos fondos y mejorar el acceso a los servicios que la biblioteca prestaba. En aquel trabajo reanudó la redacción de *Fausto*, su

obra maestra», sostiene el autor. El incansable viajero que fue Goethe echó ancla en la biblioteca de Weimar, sobrevivió a dos incendios y ya agotado, y ya desengañado, y ya herido por la muerte de su mejor amigo, el poeta romántico Friedrich Schiller, se dejó caer empujado por el zumbido de la guerra que, en 1806, asoló las cercanías de su casa y de la biblioteca que pensó y realizó como el paradigma vertical del saber.

Una biblioteca podría ser definida como el cobijo de esa pregunta inacabable sobre el porqué de las cosas. En ella lo aprendió todo un guajiro de pelo difícil, cara de listo, modales blandos, coraje fuerte y escritura de rayo. El cubano Reinaldo Arenas se crió en Holguín en un ambiente rural y analfabeto. Los libros eran algo lejano en aquella ciudad de la antigua provincia de Oriente. Pero él quería escribir. Escribir fieramente. Y marchó a La Habana, donde el azar y el concurso al que presentó su primer cuento le procuraron una admiración repentina y un trabajo estable de bibliotecario. «En aquel momento yo me puse en contacto con los libros», dijo en alguna ocasión. «Mientras caminaba por entre todos aquellos estantes veía cómo destellaba de cada ejemplar la promesa de un misterio único». En aquel salón vacío descubrió a Joyce, a Proust, a Yeats... Y



SOTHEBY'S

El escritor británico **Lewis Carroll** ideó las fantasías de 'Alicia en el País de las Maravillas' en una biblioteca



EL MUNDO

Georges Perec trabajó durante 17 años en París de bibliotecario en el Centro Nacional de Investigación Científica



GETTY IMAGES

Rubén Darío trabajó y se formó en la Biblioteca Nacional de Managua gracias a un favor de sus amigos liberales



EL MUNDO

Fue **Jorge Luis Borges** quien concibió la biblioteca como un paraíso y llegó a dirigir la de Buenos Aires

los niños y ensanchó su pasión por las matemáticas. Su relación con los libros fue menos intensa que en otros de los autores escogidos por Ángel Esteban en *El escritor en su paraíso*. «Carroll descuidaba de vez en cuando sus obligaciones como profesor o bibliotecario para llevar a las niñas a dar largos paseos por el río». Las «niñas» eran las hijas del decano del *college*. Entre ellas estaba Alicia, de 11 años. Carroll, el bibliotecario disperso, le propuso al padre matrimonio con aquella pàrula para la que diseñó el País de las Maravillas. El decano echó de casa al bibliotecario, Alicia no volvió a los paseos, él se echó a rodar por las matemáticas y la escritura le perdió pasión.

¿Y cómo un seductor de largo alcance, un viajero desterrado que acumuló una escudería ingente de aventuras amorosas, un aventurero acaba organizando la biblioteca de Dux en Bohemia? ¿Cómo es que Giacomo Casanova, autor de 43 obras entre novelas, poesía, memorias, cartas y libelos acepta el cometido de encerrarse entre libros abandonando el amparo de los harenes de Estambul? Prefirió la oferta del conde de Waldstein y la soledad punitiva que ofrecen los libros. «Y entre ellos decidió escribir una historia de su vida no tanto por una ambición literaria como por responder moralmente a la situación en que se encontraba», sostiene Ángel Esteban. Son las *Memorias* con las que mucho tiempo después de su muerte convulsión Italia. Pero si Casanova aceptó el empleo no fue por pasión desmedida, sino por la necesidad completa de sostenerse después de una ruina completa.

Uno de los creadores fran-

ceses más singulares del siglo XX, Georges Perec, siguió los pasos del filósofo y erudito Georges Bataille, bibliotecario en diversas instituciones. De los muchos empleos que probó Perec, éste fue el que más ocupó su atrabiliario faenar. Durante 17 años ejerció de documentalista en el Centro Nacional de Investigación Científica de Francia, en París. Pero no le sucedió nada destacable en aquel oficio. Lo extraordinario lo guardaba para su obra, para su vanguardia abierta y caudalosa. Tan alimenticio era el puesto de bibliotecario para Perec, cuando ganó el Premio Medicis por *La vida: instrucciones de uso*, en 1978, abandonó el oficio para dedicarse por entero a la literatura. Podríamos decir que la biblioteca fue para él un accidente necesario.

Igual que para Rubén Darío, el gran heraldo del modernismo irrumpió como niño prodigio en Managua y allí logró su primer empleo fijo en la Biblioteca Nacional. Por entonces era casi aún un zangolotino con modales de poeta que encontró entre aquellos libros el cañón con el que asaltar la vida: «¿Y qué es el libro? Es la luz; es el bien, la redención/ la brújula de Colón...». Leyó más de lo que trabajó. Más de 5.000 volúmenes para un joven con apetito de palabras. El paraíso una vez más. El laberinto circular del que Borges habló. Eso son, al final, las bibliotecas. El punto de partida. El lugar al que llegar. Un tiempo quieto a toda velocidad.

Réquiem por una biblioteca

MANUEL LLORENTE

Llevo unos cuantos días deshaciéndome de mi biblioteca y está siendo la peor pesadilla que he podido soñar. La casa está llena de cajas de plástico rojo, de esas que usan para trasladar manzanas desde el mercado a las tiendas. Allí duermen esperando la mudanza a una casa más modesta. Allí conviven la Duras y Pavese, Berceo y Faulkner... ¿Pero qué libros elegir?

De algunos tengo más de una edición (que si el prólogo de Valverde, que si lo compré ahorrando y ahorrando, que si me lo regalaron) pero tengo que elegir... Entonces aplazo a ese autor y me voy a otro... Pero me vuelve a pasar lo mismo. Y así llevo semanas demorando la tragedia.

Y luego están las dedicatorias (una antología de Luis Rosales en Plaza & Janés, tapa dura, que compré en la Feria del Libro y de Ocasión, poco antes de que muriera y que me firmó en la calle Altamirano, en su *casa encendida*), de amigos o casi olvidados o ya muertos, que si Mon-

talbán, Valente, Hierro, José Saramago, Cela, Atxaga, Félix Grande... Claro, intocables. O los comprados en Bilbao, Menorca, Barcelona, Sevilla, Ginebra, Londres, París... Es decir, mi vida.

O el caso de *Las inquietudes de Shanti Andia* (con el sello de la librería Arriola, de Bilbao, adquirido de crío en 1974/5, a ver quién se desprende de eso, cuando soñabas ser un pelotari 'de' Baroja), o de Enid Blyton (la serie de Los Siete Secretos, no Los Cinco), los de Karl May (aquella relación de Old Satterhand y el indio Winnetou, del Círculo de Lectores, y que eran de Mari, la vecina de abajo, que era socia; nosotros, no).

Y los arrastrabas en maletas, cajas de cartón, de un colegio mayor a otro, de un piso a otro... Y te han ido acompañando y ahora tienes que decir «tú, sí; tú, no».

Y algunos que has tenido que vender, días después los has encontrado (los mismos, no otros, porque estaban subrayados) en una case-

ta... Y los has mirado con ternura, y sintiéndote un traidor. Y has mirado el precio (nada que ver con la miseria que te dieron) y hasta has comprado uno, para que no se ahogara. Al menos uno. Y luego te dices, pero qué disparate.

Cuando no tenía nada de dinero, recién llegado a Madrid, intentaba escaparme de la soledad y el asombro de esta ciudad pasando tardes enteras al abrigo de la Biblioteca Nacional. Aún recuerdo el número de socio (55050) inscrito en una tarjeta verde. No hablaba con nadie pero ya no estaba solo. No era ni mucho menos la que habitó Mario Vargas Llosa cuando vivió en Madrid y donde pasaba tanto frío que leía a veces con guantes y un abrigo encima. Su caso es asombroso: tiene biblioteca en París, en Madrid, en Lima (y antes en Londres, donde casi pasaba más tiempo en la British Library que en su casa).

Juan Carlos Onetti iba perdiendo bibliotecas según cambiaba de mujeres pero a Dolly (con la que convivió 40 años) le advirtió al poco de conocerla (eso dicen): «Si pasa algo, la que se va serás tú».

Las bibliotecas. ¿A quién no le ha pasado, ya en la cama, que te surge la necesidad de leer un libro (en ese momento y no mañana) y te has levantado y lo has buscado -si lo dejé aquí, estoy seguro- y rebuscado... y nada. Pero continúas y te topas con otro que creías perdido u olvidado y dices en alto «qué bueno», y lo abres como si fuera una naranja, y te perfuma, y te echas en un sofá y te dejas llevar arropado por el silencio de la noche inmensa. Y de repente, el canto de los pájaros. Y subes la persiana y sonríes.

allí escribió *Celestino antes del alba*. Los libros fueron su bálsamo y su balacera. Su viaje y su casa. Hasta que la Revolución de Fidel Castro comenzó a podar aquel espacio sagrado en el que Arenas se estaba diseñando (hacia dentro) una vida mejor: «Los libros que pudieron ser tachados de *diversionismo ideológico* desaparecieron de inmediato. Desde luego, también los libros que pudieran abordar cualquier tema relacionado con las desviaciones sexuales desaparecieron... A los pocos días de aquello decidí que no podía continuar allí».

Las tiranías de cualquier signo y el reaccionarismo de todos los colores encuentran en los anaqueles farrados de lecturas el enemigo primero a combatir, pues un libro prende ideas y no entiende nada que no sea la libertad. Tardes sagradas de salvación por la lectura que no regresarán, debió pensar Reinaldo Arenas cuando cruzó por última vez el umbral de aquel espacio que fue su Biblioteca Nacional de Cuba.

También Lewis Carroll apuntaló en una biblioteca las fantasías de Alicia en el País de las Maravillas. Trabajó durante años en el Christ Church de la Universidad de Oxford, donde impartió clases, experimentó con la fotografía y



EFE

Goethe fue el artífice de la creación de la biblioteca de la duquesa Ana Amalia de Weimar, que ardió en 2004



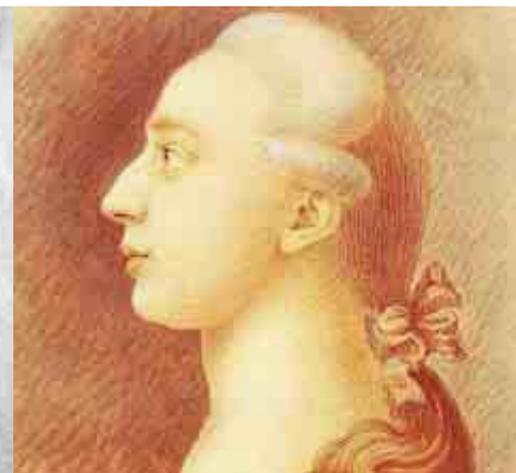
JULIO PALOMAR

Reinaldo Arenas, que siempre quiso escribir, adquirió su cultura literaria en una biblioteca de La Habana



EL MUNDO

Georges Bataille fue bibliotecario en diversas instituciones y aprovechó su trabajo para documentar sus escritos



EL MUNDO

Giacomo Casanova acabó sus días como bibliotecario del conde Waldstein tras dilapidar su fortuna y perder el favor social